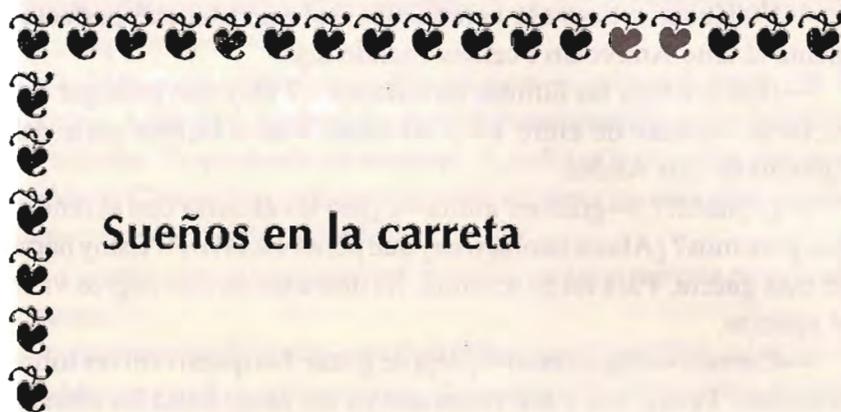


No sé pa' qué habrá hablado, si el amo ni se había dado cuenta que yo estaba...

No sabía dónde meterme. Con disimulo fui corriendo el poncho, lo tapé con la yerba, qué se yo todo lo que hice pa' que el amo no lo viera..., pero ya era tarde...

Por eso no quiero que se entere, mi niña, porque, según entendí, estos ponchos son la perdición del amo.



## Sueños en la carreta

**E**n la primavera del año 1816 fuimos con los Fuentes, viejos amigos de la familia, a pasar unos días de descanso a la quinta de San Isidro.

Después de seis horas de viaje en la carreta de don Dalmacio, llegamos por fin al lugar.

Estaba ayudando a Clementina a bajar los bultos, cuando de pronto me di cuenta de que su cara estaba transfigurada:

—¡Ay, Clementina, qué cara! ¿Qué te pasa?

—¡No me hable, mi niña! Me dormí en el viaje y tuve unos sueños del demonio.

—Estarás empachada, últimamente te veo comer más de la cuenta.

—¡Qué empachada, niña Eugenia! Lo mío no es por cuestiones del estómago fue una conversación que oí en la carreta, cuando veníamos pa' cá.

—¿Qué oíste, Clementina?

—Viajábamos bastante apretujados, así que escuché perfectamente al amo Ambrosio Fuentes cuando dijo:

—¿Escucharon las últimas novedades...? Hay que entregar los esclavos varones de entre 14 y 40 años. Van a formar parte del Ejército de Los Andes.

—¿¡Quééé!?, —gritó mi amita—, ¿no les alcanza con el dinero que ponemos? ¿Ahora también hay que poner esclavos?! Estoy harta de esta guerra. Para mí se terminó. Ni uno solo de mis negros va ir al ejército.

—Carmen —dijo el amo—, deja de gritar. No quiero volver sobre el asunto. Te dije una y mil veces que yo me juego hasta las últimas por la independencia. Y la familia Ortiz va a colaborar con lo que sea necesario: si hay que poner dinero, pues será dinero; si son esclavos, allá irá hasta el último de mis negros; si son joyas te juro, Carmen, que vas a tener que dar hasta tu último anillo.

Mi amita, niña, se puso roja de furia, pero no vaya a creer que se calló la boca, ¡no, señó'!; le retrucó cada una de las palabras al amo.

—Mira, Pepe Ortiz —le dijo con los ojos clava'os en los ojos del amo como dos puñales—, del dinero ya ni me preocupo porque casi no tenemos, así que puedes disponer de él, si ganas algo con lo que vendes. Pero de los esclavos y de las joyas, ni sueñes con disponer de ellos. No quiero recordarte que todo eso lo tengo por herencia de mi querido padre.

—Lo tendrás por herencia—, dijo el amo sin perder la calma—, pero ésta es una emergencia, y si no dispongo yo, va a disponer el gobierno de todo eso.

—¡Que se atreva ese señor Pueyrredón a tocar a uno solo de mis negros!— gritó mi amita.

Ahí volvió a intervenir el tal Fuentes:

—Disculpe, señora Ortiz, no se ofusque. Entiendo el cariño que pueda tener hacia sus negros, pero ésta es una causa patriótica. El general San Martín ha sido nombrado por el Congreso de Tucumán general del Ejército de Los Andes. Está entrenando a una tropa importante allá en Mendoza, pero con eso no alcanza. Todas las

provincias van a tener que contribuir. Y nosotros no podemos eludir el compromiso.

—Has visto, Carmen —dijo el amo—, estamos todos en la misma. Además se está hablando de la incorporación de los hombres al ejército. Te quedarán tus esclavas. A nadie se le ocurriría desprenderte de Clementina, por ejemplo. Me refiero a los más jóvenes que tenemos: a Dionisio, a Fortunato, a...

Cuando escuché ese nombre, mi niña, creí que me caía muerta ahí mismo.

¿Qué estaba diciendo este hombre —usté' perdone, el amo—! Había nombrado a mi Fortunato, el nieto mío de mi corazón, pa' que vaya a la guerra. Pero si no tenía más que quince años. El amo estaba completamente desquiciado o no tenía corazón. ¡No, señó'! Me paré como pude dentro de esa carreta que se movía como el demonio. Aunque me molieran a palos iba a decir lo que pensaba. No me importaba nada. ¡Mi nieto iba a ir pa' la guerra pasando sobre mi cadáver!

Estaba por vociferar mis cuatro verdades, cuando Su Merced, misia Pilar Fuentes, en franca alianza con mi amita dijo:

—Ustedes podrán decir lo que quieran, pero hoy por hoy en Buenos Aires tenemos otros problemas más urgentes que resolver antes que mandar esclavos para que peleen en otros países. Porque ese ejército es para Chile, ¿o me equivoco?

—Es para Chile, pero nosotros estamos amenazados también. Si los españoles se rearman, peligrará nuestra propia Revolución—, dijo el amo.

—Acá lo que peligrará es la propia Buenos Aires, y no precisamente por los españoles, sino por los federales del Litoral que nos hacen su propia guerra.

¿A qué va ese hombre a Chile? ¡Que venga con su ejército a defendernos a nosotros de Artigas!

—¡Eso!— dijo mi amita—. No le va a ser tan fácil a Pueyrredón sacarnos dinero ni esclavos. Te juro, Ortiz, que si es preciso los voy

a esconder donde ni siquiera tú los encuentres. ¡Mis negros son míos!— gritó mi amita. Y ahí se puso fin a la discusión.

Como hacía calor y todavía faltaba mucho pa' llegar, dormitamos todos un rato y fue ahí que tuve el sueño.

—¿Y qué soñaste, Cleme?

—Bien, bien, no me acuerdo. Pero sé que el Fortunato y yo corríamos por unos campos enormes. De pronto encontraba un pozo y lo metía al negrito adentro y trataba de taparlo con lo que tenía, y el negrito me decía: —¿Pero qué hace, abuela?, y yo le decía que se quedara quietito, que no asomara ni un pelito, que me lo querían matar.

Y el negrito que quería salir, y yo que lo quería tapar.

Y una sombra blanca cada vez se acercaba más y me decía: “Clementina, entregá al Fortunato, entregá al Fortunato”.

Y yo que gritaba: “¡A mi negrito no! ¡A mi negrito no!”.

Y ahicito no má' me desperté, todita empapada en sudor y llena de remordimientos.

El Fortunato es la luz de mis ojos, usté' lo sabe. Pero..., si todos hicieran lo que yo hice en el sueño..., ¿quién pelearía por la Patria?

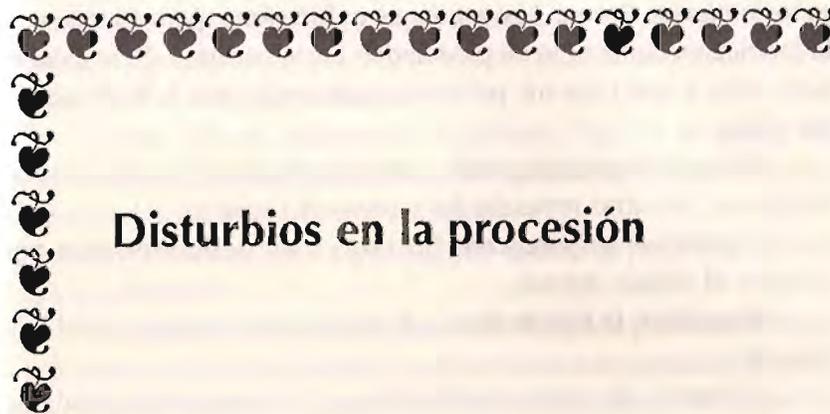
Si todos escondieran a sus nietos, a sus novios, a sus maridos..., ¿con quiénes se armarían los ejércitos?

¡No señó'! Aunque se me desgarre el alma, el Fortunato va a ir a la guerra. Y le via' rezar a todos los santos pa' que no le pase nada.

—¡Ay, Clementina, no digas eso, si mi mamá puede salvarlo a Fortunato!

—¡No, mi niña! Si otros negros van a ir a pelear, yo no via' ser tan mezquina de ocultarlo. Así que ahorita nomá' le via' preparar alguna cosita de abrigo pa' que se lleve.

Ésta no es cualquier guerra. Le digo más; si me lo quisieran llevar pa' pelear contra los propios hermanos, ahí sí que lo escondía bien escondido. Pero eso es destinto, niña. Ésta es una guerra de independencia. ¡Y los Zayago fuimos siempre gente de coraje!



## Disturbios en la procesión

**N**o solía enfermarme muy seguido cuando era pequeña. Pero ocurrió que una vez, tendría diez años más o menos, tuve una fiebre tan, pero tan alta, que no pude acompañar a mi mamá a la procesión del Sepulcro. Así que fue Clementina la que me contó lo del toro...

—No es que yo sea una negra metida. Pero usté' sabe, mi niña, que cuando hay procesión las campanas de las iglesias tocan tan fuerte que todo el mundo anda a los gritos pa' que los demás lo escuchen. Así que lo que oí no fue por andar parando la oreja. Fue porque gritaban demasiado.

Estábamos ahí paradas, esperando que empezara la marcha, y fueron llegando otras damas distinguidas, amigas de mi amita. Y empezaron con la charla, pa' ponerse al día en asuntos varios. Que los niños, que los novios, que los difuntos, que los maridos.

En eso llegó Su Merced, misia Dolores de Larrañaga.

Qué le puedo decir, mi niña, esa mujer me pone nerviosa. Cómo explicarle... una persona fea por dentro y por fuera. Bah, lo de afuera